

EL MALESTAR EN LA MORAL

HACIA UNA ÉTICA ERÓTICA

Por Mariflor Aguilar

Una moral del Eros, una "ética erótica", es la propuesta polémica de Juliana González. Polémica, porque con ella no se busca una solución tranquilizante y color de rosa a las oposiciones planteadas por la acción y eficacia de los principios del placer y de muerte, de Eros y Thánatos, sino se busca intervenir en la discusión sobre la relevancia o irrelevancia de la teoría freudiana para pensar una articulación menos traumática del individuo con lo social.

El malestar en la moral de Juliana González es un análisis que al mismo tiempo que muestra las ambigüedades del pensamiento ético de Freud, muestra también su amplitud, riqueza y relevancia para la reflexión moral, lo que se logra

desarrollando ciertas tesis hacia una propuesta ética más consistente.

Hay dos ejes que van tirando del análisis hasta el final, uno teórico y otro afectivo o existencial. El primero es la pregunta por la posibilidad de la articulación entre moral y deseo, pregunta que pone de manifiesto ciertos puntos oscuros o callejones sin salida del pensamiento freudiano. El segundo, es la gran duda que se va planteando ante cada uno de los conceptos freudianos acerca de si podemos esperar una calidad mejor de vida. Esta duda encierra los temas de la libertad y del cambio.

A partir de la tesis de la cultura como instancia represora de las pulsiones se plantea la disyuntiva: o se renuncia a los deseos o a la vida cultural y social. Llevándola hasta sus últimas consecuencias, tal disyuntiva pone en cuestión toda posibilidad de transformación social e individual puesto que ambas suponen siempre anhelos y proyectos deseados.

¿Cuál sería entonces el sentido de la acción política? ¿Cuál el de la psicoterapia? ¿Se trata en ésta de conocer solamente las representaciones vividas para acatarlas sin más? Juliana González sospecha que no; sospecha que "la

conciencia del inconsciente estaría poniendo cimientos más reales y firmes (más sinceros) sobre los cuales podría asentarse una vida moral y restablecerse el sentido ético de la vida".

A partir de esta sospecha la autora analiza y desarrolla cada concepto de la teoría freudiana extrayendo de ellos todas sus ambigüedades e implicaciones; trabaja sobre las teorías sexuales, las de la libido, sobre el narcisismo, la sublimación, las pulsiones de vida y muerte, la identificación, el edipo, etc., etc.

Así, encuentra una teoría sexual restrictiva centrada en la genitalidad y la heterosexualidad, pero también destaca el concepto freudiano más amplio de lo sexual que remite al placer polimorfo. La libido, igualmente, puede ser pensada como libido autoerótica que excluye el vínculo con los otros, pero también como libido de objeto, que lo incluye. Lo mismo el narcisismo que en tanto primario es egocéntrico, pero en tanto secundario hace posible "el amor y la vinculación efectiva". De igual manera, la eficacia represiva de la cultura se ve compensada por los misterios curativos de la sublimación, que como bálsamo restañe heridas viejas de la represión de deseos.

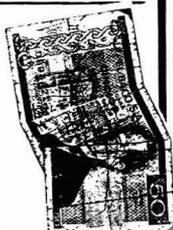
era



Colección Problemas de México:

Héctor Guillén Romo

Orígenes de la crisis en México 1940/1982



José Valenzuela Feijóo

El capitalismo mexicano en los ochenta



Miguel Ángel Riviera Ríos

Crisis y reorganización del capitalismo mexicano, 1960/1985



EDICIONES ERA ■ AVENA 102 ■ 09810 MÉXICO, D.F.
MÉXICO, D.F. | GUADALAJARA, JAL. | MONTERREY, N.L.
☎ 581 77 44 | ☎ 14 90 48 | ☎ 42 08 12

Vuelta 117

REVISTA MENSUAL / AÑO X / AGOSTO 1986 / 500 PESOS

Octavio Paz

JORGE LUIS BORGES

Roger Caillois: Conversación con Borges



Gabriel Zaid

MÉXICO: EL MODELO TIBETANO

Mario Vargas Llosa: Carta a Günter G.

Charles Hale
Liberalismo mexicano

Está también el superyo cruel que vigila y reprende, pero que al mismo tiempo encierra los ideales que nos mueven a identificarnos con los otros y a constituirnos como sujetos.

¿Cuál es esta fuerza que nos empuja hacia lo otro? Estos ideales superyoicos ¿no pueden ser ideales-espejo que regresan a su origen y cuya mejor realización sería la repetición perfecta del modelo? ¿Es posible entonces pensar en la posibilidad de cambiar algo, ya en el orden individual como en el colectivo? Porque conocemos la fuerza tanática, la que regresa y repite; ¿cómo salir entonces del círculo?

La respuesta de Juliana González se dirige al imperio del Eros; es la fuerza erótica la que nos expulsa hacia el exterior, es esta fuerza la que opera tanto en las identificaciones primarias como en las superyoicas, en el narcisismo primario y en el secundario; es también la que opera en la sublimación como fuerza que adhiere la libido a los objetos de la cultura. Ethos, así, no se opone a Eros ni el deseo a la civilización. No es que la haya, pero al menos ontológicamente —o sea, en este caso, teóricamente— puede plantearse la posibilidad de una relativa armonía o fluidez entre las instancias psíquicas y entre lo individual y lo colectivo.

¿Son éstos solamente los buenos deseos de la autora? Aparentemente no; está segura que lo son también del inventor del psicoanálisis que atribuye a la psicoterapia un papel "curativo", que en este caso no es otra cosa que la articulación del deseo con la cultura. Es a través de la psicoterapia, se afirma, donde se plantea la posibilidad del cambio, del salto que logra romper el ciclo de las repeticiones para comenzar algo nuevo. Y aquí me surge una duda. ¿No es en este salto donde actúan las fuerzas tanáticas que aniquilan el pasado para dar la estafeta a las fuerzas del Eros que crean vínculos? Porque creo captar una doble tendencia en este análisis que, por una parte, da primacía al Eros sobre todo el funcionamiento psíquico pero que, por otro lado, reivindica no sólo la dualidad de las fuerzas sino también el papel positivo de las fuerzas tanáticas. Mi duda, concretamente, es la siguiente: si se reconoce la dualidad de las fuerzas ¿por qué la propuesta es la de una ética del Eros y no de una que incluya a ambas?

Al margen de esto, no deja de ser interesante —igual que paradójico— que la teoría del inconsciente y de la "cura" psicoanalítica, que tan bien han servido de

argumento a los detractores del voluntarismo, encierre ella misma también una exigencia teórica de reconsiderar el estatuto de la voluntad, no en términos de omnipotencia pero sí, como lo plantea la autora, como una determinación más, que aunque no suficiente tal vez sí necesaria para que algo alguna vez pueda llegar a ser distinto.

El malestar en la moral interviene, pues, en la discusión abierta: tiempo atrás en torno a las oposiciones objetivismo/subjetivismo/determinismo/voluntarismo, etc., discusión que se ve enriquecida por intervenciones como ésta. Es también una obra en la que su autora, con más energía y optimismo que Freud, se hace eco de la reservada y lacónica frase del *Malestar en la cultura*, que dice: "Nos es lícito esperar que poco a poco introduciremos (en la cultura) variantes que satisfagan mejor nuestras necesidades y tomen en cuenta nuestra crítica". ♦

Juliana González: *El malestar en la moral*, Joaquín Mortiz / Planeta, México, 1986, 292 pp.

Discos

LA MÚSICA ACUÁTICA DE HAENDEL

Por Rafael Madrid

De las descripciones contenidas en el diario de Samuel Pepys correspondientes al año de 1662, se desprende que el río Támesis jugaba diversos papeles en la vida inglesa de los siglos XVII y XVIII, porque además de ser una de las principales rutas comerciales de Londres, era uno de los sitios favoritos de la realeza británica para las reuniones sociales. Es en este último papel donde toma forma la leyenda, considerada en la actualidad de dudosa autenticidad, que supone la creación de esa serie de piezas instrumentales, cortas, de George Friderik Haendel conocidas como *The Water Music* o

Música Acuática. Ya sea verdadera o apócrifa, la leyenda es ahora parte del saber y de la tradición musical que perpetúa su comunicación a través de las generaciones.

En 1712 Haendel obtuvo permiso de su patrón el Elector de Hannover, a quien servía como *Kapellmeister*, para visitar Inglaterra. Tan favorecido y halagado quedó Haendel de su trato con la Reina Ana de Inglaterra que se quedó más de lo debido sin la anuencia de su protector, y para colmo de su desgracia vino un rompimiento de relaciones entre la Reina Ana y Georg Ludwig, el Elector de Hannover.

La reina Ana murió en 1714 y a causa de esas complicadas tramas de sangre real europea, su sucesor al trono británico fué, precisamente, Georg Ludwig quien fue coronado como Jorge I de Inglaterra. Como es de suponerse, a pesar del honor y fama de Haendel en la isla, el compositor se encontró de pronto en una situación muy precaria. Al principio fue desairado por el nuevo soberano pero sus amigos pronto entraron en acción buscando, con el debido tacto, la necesaria reconciliación.

Uno de tales amigos, según Mainwaring, primer biógrafo de Haendel, fue el Barón Kielmansegge quien aprovechó la oportunidad de una fiesta ofrecida sobre las aguas del Támesis para el rey y su séquito en agosto de 1715, y sin conocimiento del monarca dispuso que Haendel compusiera y dirigiera la música para la ocasión. Esta música fue tocada por instrumentistas congregados en una barcaza que navegó a distancia prudente de la del rey, de manera que éste pudiera escuchar los sonidos provenientes de ella, pero fuera de su alcance visual.

Tan contento estaba Jorge I con la música, que preguntó el nombre del

